

**MARÍA FERNANDA
AMPUERO**

**LA PUERTA
DE NO RETORNO**

Ilustrado por Lynn Atieno



Guardo luto por las cabezas negras perdidas.
Por cualquier cabeza negra perdida. (...)
Hermosos cuerpos negros
que se transforman en cadáveres de elefantes grises
tirados como basura por todo el mundo occidental.

Ama Ata AIDOO

Soy el monstruo que tú creaste.

Tananarive DUE

LA PUERTA DE NO RETORNO

Y ella me dijo:
conocerás el mar, esa ancha tumba
en la que nada el Kraken
y se pierden los barcos.

Leopoldo María PANERO

—James, ¿ahí abajo hay gente? —preguntó.
Él se le acercó de inmediato, la levantó del suelo de golpe
y la agarró de los hombros para mirarla a los ojos.
—Sí —contestó sin ninguna inflexión en la voz.

Yaa GYASI
Volver a casa

TENÍA LA MISMA ALTURA DE LA ESCOBITA CUANDO SE LA DIERON, como quienes dan una llave. Toma, tu destino. Ella era una cosita de persona con la piel pegada a los huesos. Un pajarito. Pura tren-cita atada con colores. La abuela se las hacía y después le untaba el pelo con manteca de karité. Lo que sobraba se lo pasaba por esas manos arrugadísimas de corteza de palma y le quedaban brillantes, pero nunca suaves. Tanto aplastar el fufu y tanta barredera y tanto lavar ropa y tanto quemarse con el aceite del pescado y con el inextinguible sol de las desgracias. Ninguna mujer, que ella supiera, tenía las manos suaves.

Ella las tenía, era una niña. Pronto dejaría de ser así.

Pronto vendría la sangre, los infiernos.

Los hombres la olerían como huelen los vampiros a sus víctimas. Desde lejos, muertos de hambre, ansiosos y feroces por llenarse de carne fresca.

Había visto a todas las mujeres del pueblo barrer, así que barrió. Al principio le salieron ampollas que se reventaron, sangraron y mancharon de un rojo oscuro el palo de la escobita, pero a nadie le importó. Nadie dijo mi niña, pobrecita, te has herido. Se las envolvió con trapos. Después se secaron las heridas y se hicieron callo. No importaba cuántas veces se sobara las trenzas para suavizarlos con la manteca de karité. Ninguna mujer, que ella supiera, no tenía callos en las manos.

¿Habría alguna?

Tal vez en otra parte, en otro mundo, ¿allá, al otro lado del mar, también tienen las manos llenas de durezas y de quemaduras de pescado frito? ¿Allá, al otro lado del mar, las mujeres también se desploman de cansancio y vuelven a empezar al día siguiente —comida, escoba, ropa sucia— como si el anterior no hubiera ocurrido?

EL HERMANO EMPEZÓ A TRABAJAR EN EL CASTILLO SIENDO UN NIÑO.

El padre quería que aprendiera el oficio y descargar un poco sobre sus hombros un trabajo atroz. No era cansado, no, era una dentellada. Todos los días había que contarle a gente blanca y a gente negra que vivía como gente blanca y a gente negra que vivía como gente negra, pero que venía en avión y podía pagar la entrada, la historia del tráfico de su gente.

La puta historia de mierda de los suyos que era la puta historia de mierda del mundo.

Cada día estaba más viejo de contarle. Eso hacen los horrores: no entienden de años. Enlodan la sangre y apagan los trinos. No importa cuántas veces los recuerdes: el dolor se incrusta como un vidrio roto en un pie descalzo y, si tratas de sacártelo, te vas en sangre.

Eliges seguir viviendo rengo o dejarte ir, mar adentro, hacia la muerte.

A veces la elección es fácil: una soga, un montón de lejía, el cuchillo de la cocina. A veces vives para que los tuyos sobrevivan en tus pesadillas y, al menos, sigan dando guerra.

El dolor es ese vidrio sobre el que seguía caminando, cojeando un poco, esperando su propina por no desangrarse en público, por no revolcarse en el suelo que, aunque pareciera de barro oscuro, era de caca y coágulos y fetos y pus y sangre y meado y llanto. Esperando unas monedas por contar lo que le hicieron a los suyos sin sacar un machete y, con ojos de loco, la baba escurriéndose por



la boca, aullando el espanto de los ancestros, descuartizar a todos los que llamaban tour al recorrido por las mazmorras.

Lo decía, contaba que pisaban todo lo que los prisioneros tenían por dentro, y la gente ponía cara compungida y alguna hasta lagrimeaba. El suelo original estaba a esta altura, bajito, contaba. Lo demás, los montículos donde están parados, se fueron formando del hacinamiento, de la brutalidad, de los abortos, de lo que contienen las tripas de los condenados.

—Toma, buen chico, cómprate un refresco.

La camisa blanca por dentro, el pantalón negro, la sonrisa al recibir los dólares, el vidrio incrustado en el pie, en el ojo, en los pectorales: la rutina.

El hijo mayor no era nada tonto. Había aprendido inglés traduciendo canciones de amor con un diccionario. Su padre lo seguía con la mirada a todos lados y una vez lo descubrió probándose la camisa blanca, mirándose al espejo, coqueto.

En ocasiones se sorprendía de lo rápido que había crecido, de lo mucho que se le parecía y de lo tremendos que serían los primeros meses pisando cada media hora el vidrio roto de la historia de su gente y disimulando el dolor, la ira, las ganas de aferrar el puño a la madera amiga del mango del machete y atravesar cabezas, ojos, panzas, fémures. Los de otros o los propios. Cualquier decisión para no seguir viendo, para no seguir sabiendo, para no seguir sintiendo. Algunos días, le daba pena lo mucho que se le quebraría el espíritu a ese chiquillo feliz, bailarín, de sonrisa gigante y blanca como un coco por dentro, pero enseguida pensaba que las cargas de los corazones rotos no son cosa de hombres. Era un trabajo honrado. Su padre y el padre de su padre también se habían sacri-

ficado por ello y habían puesto todos los días un plato de comida en la mesa y una cabra en las fiestas.

Los respetaban. A los suyos. Los respetaban. Eran los del castillo.

Se sabía que después de contar una vez esa historia se clavaba alambre de púas en la cabeza y que intentar sacarlo significaba perderte en la locura, clavarte más y más hondo las pequeñas espuelas en el cerebro hasta morir en vida y terminar recorriendo los alrededores del castillo gritando a la nada: ¡llévenme a mí, llévenme a mí!

Había pasado: había una infección de locura en el pueblo y era por culpa del castillo. Los fantasmas no dejaban de gritar ni de día ni de noche.